

capotóse de nuevo, y volvieron las lluvias torrenciales y tenaces de los otros días, á caer sobre la ciudad. Fué este un hecho singular, que llamó la atención de todos los que asistieron á las fiestas. Aquel paréntesis luminoso, abierto en un temporal lluvioso y obscuro, pareció extraordinario á todo el mundo. Alguien dijo que había sido el primer milagro obrado por el Sr. Alcalde. Otros agregaron, que el cielo había estado de fiesta aquellos días, como la tierra.

Inicióse la marcha por la calle de S. Francisco. Cada uno de los carros fué saludado por mil aclamaciones, y por nutridas salvas de aplausos. El movimiento y alborozo en aquellos momentos, eran indescritibles. Calcúlase en cerca de cincuenta mil, el número de las personas que se agitaban en la vía pública, agolpándose hacia donde la procesión se dirigía. Los cohetes que estallaban en las alturas, las músicas que ejecutaban alegres marchas y las campanas que giraban rápidamente en las torres, poblaban el aire con sus voces y anunciaban una fiesta grandiosa y popular.

PRIMER CARRO.

El que iba á la vanguardia de la procesión, era el que representaba *La Fé iluminando al Mundo*. La encantadora niña Elena Corcuera, rubia y delicada como un ángel, simbolizaba la Fé. Vestía riquísimo traje de raso blanco, salpicado de brillantísimas estrellas de oro, guarnecido con galones y adornado con blondas de seda. Lucía valiosísimas joyas, en las que predominaban los brillantes de primeras aguas y las perlas de delicado oriente; en pié se mantenía asida de una cruz y vendada con un trasparente y niveo lienzo de seda. Un montículo de nubes formado de tela maravillosa de plata y de opalinos cambiantes, le servía de pedestal, y á su espalda se levantaba un caprichoso y artístico hacinamiento de nubes. Un poco más abajo de la Fé, una gran esfera representaba al Mundo, y recibía luciente ráfaga que para iluminarlo le envia-

ba aquella. Las preciosas niñas Guadalupe Asencio, Elena Peña y Luz Schiaffino representaban encantadores ángeles colocados en los extremos del eje del globo. Sobre una extendida y fina tela de plata que simulaba un lago, había una barquilla, símbolo del Tiempo, que con los vaivenes que le imprimía el movimiento del carro, parecía que verdaderamente bogaba. En ella iban remando las niñas Paz Moreno y Corcuera y Antonia Garciadiego. La primera vestía fina blonda de seda azul, con fondo rosa, y la segunda ostentaba un traje de tela de plata, guarnecido de galones y cubierto de estrellitas de oro. Seis soberbios frisonos de gran alzada, adornados con penachos de plumas y mantillas rojas, y conducidos por otros tantos palafreros, tiraban del carro.

Todo en este vehículo encantaba. El plan bajo el cual fué concebido era ingenioso, y todos sus adornos fueron combinados armónicamente para producir un efecto mágico, realzado por la hermosura de las niñas. Irradiaban aquellas cabecitas rubias y aquellos ojitos de mirar de cielo, como si tuviesen luz propia, y seducían aquellas caritas frescas y lozanas, embellecidas por el candor y la inocencia, y aquellos cuerpecillos que parecía iban á romperse con el más ligero movimiento.

Este carro importó la respetable suma de OCHOCIENTOS PESOS que erogaron las apreciables Señoras Doña Concepción Palomar de Corcuera y Doña Antonia Corcuera de Moreno, en representación del consejo de las Conferencias de Señoras.

SEGUNDO CARRO.

En seguida desfiló el carro que representaba *La Ciencia y el Arte glorificando á la Caridad*. Aunque de estilo diferente, no era menos hermoso que el anterior. Su forma era la de una carroza romana. Sus bases laterales estaban forradas de felpa carmesí, y sus nubes eran de tela de plata. A sus costados se veían cadenas y estrellas de metal niquelado, y guirnaldas de flo-

res. Su costo fué aproximadamente de QUINIENTOS PESOS. Las alhajas que ostentaban las niñas eran de valor de SIETE MIL. Su arreglo estuvo á cargo de la Sra. Doña Antonia Mijares de Arce, en representación de la Conferencia de Nuestra Señora de Guadalupe.

La bella niña Guadalupe Remus, vestida de felpa encarnada con manto del mismo color, sembrado de estrellas de oro, simbolizaba la Caridad. La niña Teresa Arce, representaba á la Ciencia, y llevaba un irreprochable vestido de corte griego, color de ópalo, y un rico manto. María Remus significaba el Arte. Su traje era tela china de seda, amarillo y blanco. Las dos ofrecían á la Virtud de las Virtudes una hermosa corona de troeno é inmortales. Cerca de la Caridad iba una niña con traje gris de asilada.

TERCER CARRO.

El Triunfo de la Caridad fué de magnífico efecto, y se vió saludado con gran entusiasmo por los espectadores. Afectaba el carro la forma de una concha gigantesca sobre un lago sereno, la cual estaba perfectamente imitada en figura y color. Al ser herido por el sol, despedía los suaves y azulados reflejos de la concha nácar.

La niña Catalina España representaba á la Caridad, y vestía lujoso traje de seda encarnada. Un gran manto de terciopelo del mismo color, le caía de los hombros en majestuosos pliegues; llevaba una palma y una corona en señal de triunfo. Las virtudes cardinales, con sus respectivos tributos, estaban representadas de la manera siguiente: *Prudencia*, Victoria Remus, lucía primoroso traje blanco con banda azul, y llevaba una serpiente en la mano. *Justicia*, Dolores Silva, vestía tela de plata con banda color rosa, y en sus delicadas y blancas manos llevaba las simbólicas balanzas y la espada. *Fortaleza*, Antonia Casillas; su traje semejava blanca nube, y á su lado se veía

un león. *Templanza*, Mercedes Ochoa; precioso y riquísimo traje de tela de oro. La niña Josefina Santa Ana, vestida de pobre, parecía tenerse sobre un montículo de nubes. El agua en que flotaba la inmensa concha, fué imitada con tela extendida de plata. En la construcción de este carro desplegóse gran inteligencia é irreprochable gusto. Su arreglo estuvo á cargo de la Señora Doña Mariana Vizcaino, en representación de la Conferencia del Sagrado Corazón.

CUARTO CARRO.

Conmovía y admiraba verdaderamente. Representaba á *La Caridad repartiendo los bienes del cielo á los menesterosos*. La delicada y hermosa niña Luz Palomar, vestida rica y elegantemente de raso blanco y manto encarnado, con adornos de fleco de oro, simbolizaba la Caridad. Las graciosas niñas Concepción Corcuera y Palomar y Ana María Cárdenas, ataviadas con vaporosos y ricos trajes de tela de plata, representando ángeles, recibían de la Caridad los bienes del cielo, y á su vez los ofrecían á un grupo de pequeños pobres, entre los que dormía una niña enfermita, Julia Cárdenas, que en actitud suplicante imploraba una limosna. Tal grupo, que llamó sobremanera la atención, estaba formado de los siguientes niños y niñas: Javier y Juan Corcuera, Josefina Moreno, Concepción Remus y Dolores Souza. Sus trajes sencillos y de color gris, eran de cachemira.

Este carro costó cerca de QUINIENTOS PESOS. Las Sras. Doña Nicolasa Luna, viuda de Corcuera, y Doña Concepción Palomar de Corcuera se encargaron de arreglarlo. Las alhajas que lucieron las niñas eran finas y de gran valor.

QUINTO CARRO.

Era de exquisito gusto. Representaba el mausoleo del Sr. Alcalde. Hacía de Fé la niña Dolores Gue-

rrero, engalanada con un traje de tela de plata, y con un gran velo de seda. Guadalupe Mojica, de verde con fondo de raso blanco de seda, y blondas de la misma tela con galones de plata, significaba la Esperanza. Elisa Nieman era el símbolo de la Caridad, y vestía de raso blanco con estrellas de oro, y manto de felpa encarnado con galones de oro. La Fé y la Caridad depositaban laureles sobre la tumba del angélico Fraile, en tanto que la Caridad aparentaba elevarse al cielo llevando el alma del Sr. Alcalde en forma de blanquísima paloma. En representación de la Sociedad Católica de Señoras, se encargaron de arreglar y costear este carro las Señoras Doña Refugio, Doña Jesús y Doña Isabel Remus.

SESTO CARRO.

El último carro, *La excelencia de la Caridad*, representaba á ésta recibiendo homenaje de las seis restantes virtudes. La preciosa niña Ignacia Quevedo, lucía un rico traje de gro moiré con finísimas blondas de seda y abalorio, guarnecido con perlas y valiosas piedras. Ceñía cinturón de oro, y adornada con unos brazaletes y una soberbia diadema de brillantes, llevaba en la diestra un cetro de oro. La niña Margarita González simbolizaba la Fé. Su traje era de raso blanco y lana de plata; iba adornada con preciosas joyas. Vendada con un fino lienzo de seda, sostenía en la mano una cruz primorosamente adornada. Beatriz Lomelí, vestida de gro verde con blondas de seda y galón de oro, tenía en una de sus manos una áncora, y era la imágen de la esperanza. Un vestido de raso amarillo con manto azul y blondas de oro, hacía un ángel de la niña María Gallardo, que representaba la virtud llamada Prudencia. Dicha niña llevaba en una mano una serpiente y en la otra un espejo. Dolores Machaen, vestida de raso amarillo con adornos y tunaicela de tela de oro, y llevando en una mano una meiza columnita de plata con molduras de oro,

representaba á la Fortaleza. Rosita Gudiño, imágen de la Templanza, vestía raso lila con blondas de oro, y ostentaba una valiosa diadema con brillantes. Estefanía Vásquez era una pobre vestida de blanco.

La figura de este carro era la de una gran carroza romana. Estaba tapizado de terciopelo rojo con festones de flores, y á su espalda se levantaba un gran dosel dorado. El Sr. Presb. D. Andrés Cárdenas, con la cooperación de varias señoras, se encargó de arreglar este carro en representación de las conferencias de San Vicente de Paul. Su costo fué de SEISCIENTOS PESOS.

Así se verificó esta parte selecta del programa, que fué calificada por todos, como la más hermosa, original é importante de todas las que constituyeron las fiestas. Era de verse, en efecto, con cuánto embeleso eran recibidos los carros por un público entusiasta, que halló en ellos reunidas á la vez, la belleza, la gracia y la novedad. Distinguidas personas que han viajado por los países más cultos de Europa, y presenciaron el desfile, dijeron que el espectáculo no cedía en nada á los más brillantes del mismo género que habían presenciado en opulentas capitales del Viejo Mundo. La verdad es que por su arreglo tiene mucho por qué envanecerse Guadalajara, pues con esa ocasión se manifestaron diversas cosas que nos enaltecen: la belleza y la gracia de nuestra infancia femenina, el exquisito gusto artístico de las distinguidas familias que dirigieron la maniobra, y la generosidad y esplendidez de las personas que sufragaron los gastos del espectáculo. Como quiera que sea, fué tan ardiente la acogida que le dispensó el público, que la prensa periódica, y muy especialmente EL HERALDO, haciéndose eco de los deseos de la generalidad, pidió unánimemente que se repitiese la procesión. La Junta y las familias encargadas de los carros convinieron en ello sin dificultad, y quedó resuelto se repitiese el desfile la tarde del día nueve.